

LIBRO: CARTAS A LUCILIO

AUTOR: SÉNECA

CARTA 16: SOBRE LA FILOSOFÍA Y LA FELICIDAD

Estoy seguro, Lucilio, de que para ti es claro que nadie tiene una vida feliz, ni siquiera soportable, sin la búsqueda de la sabiduría; y también sabes que tendremos una vida realmente feliz cuando alcancemos la sabiduría total, pero su simple estudio nos da al menos una vida soportable. Y esta realidad, aunque evidente, necesita ser fortalecida y fijada con mayor profundidad mediante la práctica diaria. Requiere más esfuerzo mantenernos en los propósitos nobles que nos hemos trazado, que concebir unos nuevos. Hay que perseverar y sumar fortaleza mediante el estudio constante hasta que las buenas intenciones se establezcan como excelencia de la mente. Por tanto, no es necesario que uses muchas palabras ni largos discursos para convencerme; sé lo mucho que has progresado. Entiendo de dónde sale lo que escribes, sé que no lo has inventado ni falseado. De todas formas, te diré lo que pienso: tengo esperanzas puestas en ti, pero mi entera confianza todavía no. Y me gustaría que hicieras lo mismo; no te apresures a confiar en ti mismo sin tener antes una buena razón. Examínate, observa tu interior con detenimiento, mírate desde diferentes perspectivas y, ante todo, mira bien qué tanto has progresado en la filosofía y en la vida misma. La filosofía no suele atraer mucho público ni se presta para ser exhibida. No está hecha de palabras, sino de acciones. Tampoco es algo que se use para ponerle al día algo de entretenimiento antes de que se acabe ni es un remedio contra el aburrimiento. Es lo que moldea y estructura la mente, le da orden a la vida, guía nuestra conducta, nos muestra lo que debemos hacer y lo que conviene evitar; se sienta al mando y dirige nuestro rumbo mientras nos debatimos entre incertidumbres.

Sin ella no hay vida que no esté llena de miedos y ansiedades. Cada hora nos ocurren innumerables sucesos para los que nos serviría un consejo, y este nos lo puede dar la filosofía. Tal vez alguien diga: «¿De qué me sirve la filosofía si existe el destino?, ¿para qué usarla si es Dios quien gobierna el universo?, ¿en qué me ayuda si es el azar el que impera? Es imposible cambiarlo que ya está determinado, y no hay preparación válida para lo indeterminado; o Dios ya se anticipó a mis planes y decidió lo que debo hacer, o al destino le importa poco lo que yo haya decidido». Puede ser, Lucilio, que haya algo de verdad en estas afirmaciones; de todas formas, debemos dedicarnos a la filosofía. Ya sea que las leyes inexorables del destino nos encadenen; o que Dios, juez universal, sea quien ordene todo; o que la suerte sea la que dirija y determine la vida de las personas; de cualquier forma, la filosofía debe ser nuestra defensa. Ella nos impulsará a dar a Dios una obediencia voluntaria, y a la fortuna una obediencia desafiante; nos enseñará a seguir a Dios y a tolerar el azar.

Pero mi intención no es discutir aquí qué es lo que nos gobierna, si nos domina la Providencia, si estamos encadenados a una sucesión de hechos predeterminados, o si somos gobernados por lo repentino e inesperado; quiero regresar a donde estaba, a mis consejos y advertencias para que no permitas que el empeño que has puesto en tu mente se debilite y se enfríe. Aférrate fuerte a él y afiánzalo, para que lo que ahora es un propósito se convierta en un hábito. Si te conozco bien, sé que desde el inicio de esta carta has estado buscando qué obsequio he enviado para ti con ella. Examínala bien y lo verás. No tienes que maravillarte de mi generosidad, pues sólo he sido pródigo con la propiedad de otros. Pero ¿por qué digo «de otros»? Todo lo que está bien dicho por cualquiera me pertenece, como esto que dijo Epicuro: «Si vives según la naturaleza, nunca serás pobre; si lo haces según la opinión, nunca serás rico». Los requerimientos de la naturaleza son mínimos, los de la opinión son ilimitados. Supón que se te atribuye el patrimonio de muchos hombres ricos, imagina que la fortuna te lleva mucho más allá de los ingresos de cualquier individuo, que te cubres de oro, te vistes de púrpura y llegas a tal grado de lujo y abundancia que puedes cubrir de mármol toda la superficie de la tierra. Piensa en que no sólo posees riquezas, sino que las pisoteas. Súmale estatuas, pinturas, y cualquier forma de arte pensada para el lujo, y lo único que aprenderás de todas estas cosas es a ambicionar todavía más. Los deseos de la naturaleza tienen un límite, pero los que nacen de opiniones falsas no encuentran cómo detenerse, ya que la falsedad es ilimitada. Si viajas por un camino llegarás a un destino, pero si vagas extraviado no existe un fin. Así que aléjate de la vanidad, y si quieres saber si lo que buscas está basado en un deseo natural o en uno ciego, piensa si se dirige hacia un punto en el que pueda parar. Si después de haber avanzado mucho encuentras que el punto de llegada sigue estando lejos, puedes estar seguro de que su condición es contraria a la naturaleza.